

La biblia hecha oración

El salterio

Mons. Dr. Miguel Antonio Barriola

I. SUPERAR COMPLEJOS DE PIGMEOS

Una fábula atribuida a Esopo¹ cuenta cómo una zorra, después de saltar y brincar inútilmente, procurando alcanzar unos racimos de uvas ubicados a demasiada altura, para justificar el resultado nulo de sus esfuerzos, declaró: «Es que están verdes».

Algo así sucede con frecuencia, cuando valores excelsos se nos escapan. Entonces, por la razón que sea, tendemos en nuestro egocentrismo a calificarlos de pasados de moda, inalcanzables para gente normal, inadecuados para nuestros horizontes, en fin, que, en lugar de agigantarnos a su alcance sublime, pretendemos achatarlos dentro de nuestros esquemas y coordenadas.

Actitudes por el estilo es posible comprobar, ya a lo largo de la historia, ya en la experiencia personal, respecto a la misma Palabra de Dios, la Biblia y en especial en lo referente a la oración de los Salmos, elogiada y vivida con enorme provecho por santos de toda época, pero no menos vilipendiada o tomada con sorna por actitudes superficiales o ansiosas de diversión y novedades, incapacitadas para saborear valores eternos, que parecieran «más de lo mismo», pero que en realidad son nada menos que el meollo de la vida de fe, que ha de crecer y evolucionar, pero sin jamás perder su pujanza duradera en todo tiempo, ya que «Cielo y tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mc 13, 31). «Tu alabanza, Señor, dura por siempre» (Sal

¹ Reproducida también por La Fontaine y Samaniego.

DIÁLOGO 72

111/ 110, 10). «La verdad del Señor permanece eternamente» (Sal 117/116, 2).

Con todo, como se ha adelantado, frente a tales alturas nos encontramos con actitudes propias de la zorra de la fábula. Sirvan algunos ejemplos.

«¿Quién no conoce -nos informa Jean Luc Vesco²- en Rabelais³, la confesión del monje al buen Gargantúa: “Yo nunca duermo a gusto, si no es cuando escucho un sermón o cuando rezo a Dios. Os suplico, comencemos Ud. y yo, los siete salmos y veremos cómo en un momento conciliaréis el sueño”»⁴.

Se cuenta igualmente que, estando los canónigos de una catedral cumpliendo con su oficio de cantar una de las horas litúrgicas, habiéndose desatado una tremenda tormenta, el deán, interrumpiendo el coro, propuso: «¿Qué les parece, si dejamos esto y nos ponemos a rezar?»⁵.

² VESCO, JEAN-LUC, *Le Psautier de David, Traduit et commenté*, Éd. du Cerf (Lectio divina 210-211), Paris 2006, 24.

³ Escritor francés (nacido entre 1483 y 1500. Fallecido en 1553), médico y cura de Meudon, que con escepticismo y sorna sometió a juicio costumbres y creencias tanto civiles como eclesiásticas. Es famosa su novela satírica: *Gargantua et Pantagruel*.

⁴ *Gargantua...*, Libro 1º, cap. 41. Se trata de las aventuras de dos seres gigantescos, padre e hijo. «Pantagruel» (= sediento de todo: panta) y su hijo: «Gargantúa» (= de gran garganta), glotones y bebedores en exceso, cuyas hazañas (según ya se señaló) le sirven al autor para mofarse y criticar a la sociedad y la Iglesia de su tiempo. «Los siete salmos», a los que se refiere el «devoto monje» (¿?), son los calificados como «penitenciales»: Sal 6; 32; 38: 51; 102; 130; 143.

⁵ O sea, que para aquel buen señor, lo que estaban haciendo no era «oración», sino una tarea de meros funcionarios. Tampoco ha faltado quien ironizó sarcásticamente la invocación, con que se da comienzo a las diferentes «Horas»: «Señor, date prisa en socorrerme», dándola vuelta: «Socórreme para darme prisa».

LA BIBLIA HECHA ORACIÓN-EL SALTERIO

Por desgracia se ha oído con frecuencia a más de un sacerdote calificar a su «Breviario» o «Liturgia de las horas» como: «La suegra». Es también lamentable que muchos presbíteros abandonen el rezo del Salterio.

II. MOTIVOS PARA REACCIONAR

Sin embargo, quien no se deje llevar únicamente de sus cambiantes estados de ánimo y alimente un mínimo de fe, tiene innumerables y fundadas razones, para apreciar, cultivar y empaparse de estas seculares invocaciones al Altísimo, inspiradas por ÉL mismo.

San Ambrosio, San Agustín y tantos santos anteriores y posteriores a ellos, no dejaron de admirar la profundidad y riqueza de esta oración, que siempre estuvo en el corazón de la Iglesia.

Baste por todos ellos la presentación del Salterio, que ofrece Sto. Tomás de Aquino: este es el libro místico y terrestre, divino y humano, «que, a diferencia de los otros escritos bíblicos, abraza en su universalidad la materia de toda la teología. La razón por la cual es el libro bíblico más usado en la Iglesia se debe a que contiene en sí toda la Escritura. Su característica es la de volver a decir, bajo la forma de alabanza y de oración, todo lo que los otros libros exponen según los modos de la narración, de la exhortación y de la discusión. Su objetivo es hacer orar, elevar el alma hasta Dios por medio de la contemplación de su majestad infinita, por medio de la meditación sobre la excelencia de la eterna felicidad, por medio de la comunión con la santidad de Dios y la imitación efectiva de su perfección»⁶.

Saltando siglos y viniendo a nuestra época posterior al Vaticano II, el monje benedictino Mariano Magrassi, sintoniza con idéntica pers-

⁶ *In Psalmos Davidis Expositio*, en: *Opera omnia S. Thomae*, vol. XVIII, 228-229.

DIÁLOGO 72

pectiva: «No hay más que hacer, sino leer, escuchar, rumiar⁷ y después volver a decirle a Dios todo lo que ÉL nos ha dicho, después de haber trasladado a aquellas palabras toda la vida. Decía Pascal que “sólo Dios habla bien de Dios”. Por eso la oración cristiana es fundamentalmente una Palabra restituida a Dios en acción de gracias, después de haberle puesto el sello de nuestro “Amen” en un asentimiento total»⁸.

III. PLEGARIAS USADAS POR EL MISMO DIOS ENCARNADO

No negaremos dificultades a la hora de encarar en la propia vida de fe el rezo de los Salmos. Pero nunca debemos concederles el peso principal en nuestra apreciación, puesto que la vocación cristiana consiste en una constante superación de los propios límites en pos de la imitación de Cristo. «Olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, hacia el premio, al que me llama Dios desde arriba en Cristo Jesús» (Filip 3, 13-14).

Ahora bien, nadie como el propio Jesucristo apreció y se valió de los Salmos, para su oración personal. ¡Vaya si ÉL mismo no podría haberse valido de sus propias palabras y sentimientos íntimos, para dialogar con su Padre eterno! Sin embargo, vemos cómo frecuentemente acude a estas antiguas fórmulas de la oración de su pueblo hebreo, para dirigirse a Dios.

Ya antes de su ingreso en la historia, por su encarnación, el autor de Hebreos, pone en la intención del Verbo eterno el Salmo 40, 7-9: «Por eso, al entrar al mundo, dice: “Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo; no aceptaste holocaustos ni

⁷ Alude a los tres pasos clásicos de la «Lectio divina»: *lectio, meditatio y oratio*.

⁸ «*La spiritualità dell'Ufficio divino*», en: AA. VV., *Liturgia delle Ore-Documenti ufficiali e studi*, Torino 1972, 390.

LA BIBLIA HECHA ORACIÓN-EL SALTERIO

víctimas expiatorias. Entonces yo dije: ‘He aquí que vengo -pues así está escrito en el comienzo del libro acerca de mí- para hacer, ¡oh Dios! Tu voluntad!’» (Hebr 10, 5-7).

Desde su tierna infancia rezó Jesús los Salmos. Sabemos, en efecto, cómo, a sus doce años, subió con María y José al templo, para la celebración de la Pascua (Lc 2, 41-42). Ahora bien, para dicha peregrinación solían los piadosos judíos recitar los «Salmos de las ascensiones»⁹ o «graduales»¹⁰. Los mismos fueron plegaria de Jesús en las tres subidas a Jerusalén de su vida pública, para celebrar la Pascua, tal como nos las recuerda S. Juan (Jn 2, 13; 6, 4; 13, 1).

Sabemos también que Jesús cumplía con el culto sinagoga¹¹. «En lo que toca a la utilización de los Salmos, parece que la práctica del templo había influido la de la sinagoga. El oficio del sábado y de las fiestas incluía, después de la lectura de la Torah y los profetas el canto del Mizmor, Salmo escogido en función del tema de las lecturas»¹².

Consta no menos, que, asimismo conforme al ritual hebreo de la Pascua, después de la Última Cena, entonó Jesús con sus discípulos los Salmos de Acción de gracias (Sals.113-118: Mt 26,30; Mc 14, 26).

Como vamos viendo, la historia toda de Jesucristo (y aún antes de su encarnación, según Hebr 10, 57) está surcada de referencias a los Salmos, ya sea por testimonio de los Evangelistas o las comprobadas

⁹ Así llamados porque «se subía» a la altura del Monte Sión, lugar reservado por David para el templo que construiría su hijo Salomón (I Rey 8,1-66).

¹⁰ Nombre debido a «las gradas» o escalones, por los que se ascendía hasta la altura del templo. Eran estos Salmos: 84; 95; 120-134

¹¹ Lo atestiguan los evangelistas: Mc 1, 21. 39; Mt 4, 23; 9, 35; Lc 4, 15. 44; Jn 6, 59; 18, 19.

¹² M. GOURGUES, *Les Psaumes et Jésus - Jésus et les Psaumes*, Cahiers Évangile, Paris 1978, 25, 58.

DIÁLOGO 72

por los demás autores sagrados del Nuevo Testamento (Hechos, Pablo, etc.). De modo que bien pudo el mismo Jesús sintetizar toda su vida, muerte y resurrección, expresando: «Cuando todavía estaba con Uds., yo les decía: Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en **los Salmos**» (Lc 24, 44).

Resaltamos «**los Salmos**» porque, como lo señala M. A. Tábet: Alrededor de un tercio de los textos veterotestamentarios citados por el Nuevo Testamento proviene del Salterio. La centralidad del Salterio en el Nuevo Testamento se vislumbra, además, si se considera la reinterpretación cristológica realizada en el ámbito de la comunidad postpascual, tal como se desprende principalmente del libro de los Hechos de los de los Apóstoles y de las Cartas Paulinas¹³.

«La primitiva comunidad cristiana, consolidada gracias al evento prodigioso acaecido el día de Pentecostés, mientras elevaba himnos y cánticos al Señor en medio de las más grandes dificultades recurría a los salmos para confirmar la propia fe en la persona y la misión divina de Jesús. Principalmente se aplicaron a Jesús dos grupos de salmos, los relacionados al mesianismo real (especialmente, Sal 2; 45; 72; 89; 110¹⁴) y los referidos a la figura del justo sufriente (Sal 22; 69). A la luz de estos salmos se anuncia a Cristo como el Hijo de Dios consustancial al Padre (Sal 89, 27; cf. Hebr 1, 5), con un origen eterno (Sal 2, 7; cf. Hech 13, 33; Hebr 1, 5; 5, 6; por tanto, verdadero Dios: Sal 110,1. Cf. Mt 22, 44 par.), pero también verdadero hombre por su encarnación (Sal 22; cf. Mt 27, 29-31.35.39.43.46 par.; Jn 19, 24; Hebr 2, 15; 5, 7), el cual, después de su resurrección de entre los

¹³ En la nota 57 cita: «Hech 1, 16-20; 2, 25; 4, 24-30; 13, 33-35; Rom 4, 6-7; 11, 9. Hebr 3, 7; 4, 3; etc.» Ese «etc.» es verdaderamente amplio.

¹⁴ Este último (Sal. 110) es el más frecuentemente usado en relación a Jesús, haciendo gran recurso al mismo el autor de Hebreos, en su profundo desentrañamiento del carácter sacerdotal de Cristo (Hebr 1, 3. 13; 5, 6 .10; 6, 20; 7, 11.17.21.24.28; 8, 1; 10, 12; 12, 1).

LA BIBLIA HECHA ORACIÓN-EL SALTERIO

muerdos (Sal 16, 9-10; cf. Hech 13, 35), se encuentra ahora sentado a la derecha de Dios Padre (Sal 110, 1; Hebr 1, 3. 13; I Pedr 3, 22), siendo el destinatario de un reino universal al que nadie podrá oponerse (Sal 2, 8-9; cf. Ap 2, 26-27), un reino de justicia y de paz (Sal 45, 7-8; Hebr 1, 8-9). Él ha sido constituido, además, sumo sacerdote para siempre, para salvar a aquellos que, por medio de ÉL, se acercan a Dios, estando siempre vivo para interceder a nuestro favor (Sal 110, 4; Hebr 7, 5. 5- 8; 8. 1)¹⁵.

IV. EL SALMO 22 EN LABIOS DE CRISTO EN LA CRUZ

Dada la riqueza de coincidencias ya con la vida previa del Señor, ya a las circunstancias tan particulares, que relacionan al afligido orante del Antiguo Testamento, con las acontecidas en el Calvario, concedemos una mayor atención a este Salmo 22, al que acudió Jesús en el trance de su muerte en sacrificio extremo de amor por la redención de todos los pecadores (Mt 27, 46; Mc 15, 34).

V. OBSERVACIONES PREVIAS

Se han acumulado múltiples suposiciones acerca de este dramático grito de Cristo crucificado, que someramente pasamos a aclarar, antes de señalar los detalles tan personales, que se dan entre este salmo y la angustiada situación de Jesús ante su muerte inminente¹⁶.

¹⁵ «El libro de los Salmos» en su obra: *Introducción al Antiguo Testamento-III. Libros poéticos y sapienciales*, Madrid 2007, 127. Se puede escudriñar todavía más la abundante conexión de la predicación y oración de Jesús con el Salterio, en el ya citado: M. GOURGUES, *Jésus et les Psaumes*, ibid., 41-58.

¹⁶ Solamente Mt 27, 46 y Mc 15, 33-34 atestiguan este grito de Jesús, como su única palabra en el Calvario, citando el Sal 22 en arameo. En el verbo, coinciden Mt y Mc; entre las numerosas variantes ortográficas o fonéticas de los manuscritos, la forma comúnmente admitida es *sabakhtnaní*, transliteración del arameo *shebaqthaní*. La partícula interrogativa es parecida en hebreo: *lammá?* (al que se aproxima Mc) y en arameo: *lemá* (reflejado por Mt). El vocativo (*iDios mío!* Es

DIÁLOGO 72

Ante todo, debería estar bien claro un punto, si bien ha sido contestado frecuentemente. Jesús cita el primer versículo del Salmo 22. En efecto, si Él hubiese querido expresar simplemente una oración personal, sin referencias a dicho Salmo, habría dicho: «Padre mío», como consta ampliamente, en su diálogo personal con Dios (Mt 11, 26; 26, 39. 42; Mc 14, 36; Lc 10, 21; 22, 42; 23, 34. 46; Jn 11, 41; 12, 28; 17, 5. 11. 21. 24-25). ÉL nunca dice: «Mi Dios», fuera de este momento, en su agonía. El hecho mismo de que repita dos veces: «Mi Dios», iteración sin paralelos en otras oraciones de Jesús, es un argumento más de que Jesús está citando la Escritura¹⁷.

Se ha de evitar una interpretación, que vea aquí un rasgo de desesperación¹⁸. De hecho, Jesús acude a la Escritura y, por lo tanto, da a entender su adhesión a esa oración sálmica del libro sagrado.

aramaizante en Mc: *Elói* -aram. :'*elái*, pero en muchas regiones la *a* se pronuncia-ba *o*). Por el contrario, es hebreo en Mt: *Elí* ('*elí*'). (GOMÁ, I, *El Evangelio según San Mateo*, Madrid 1976, 664-665).

¹⁷ Ver: F. DREYFUS, *Gesù sapeva d'essere Dio?*, Cinisello Balsamo (Milano) 1985, 152-153.

¹⁸ Como parece ser la de L. BOFF (*Jesucristo y la liberación del hombre*, Madrid 1981, 350): «Jesús vivió la eferescencia de la inminente irrupción del reino. Luego fue advirtiéndolo que lo que llegaba no era el reino, sino su muerte. Tal fue el motivo de su grito en la cruz y la razón de su total entrega a Dios. Vio cómo se desmoronaban todas sus ideas sobre el reino y su propia actuación en función del mismo. Sin embargo, fue más fuerte que las ideas. No sucumbió con ellas, sino que se mantuvo fiel a Dios (...). Cae en la cuenta de que el Padre quiere su muerte. El postrer grito revela su última gran crisis». (Hasta la p.385 siguen elucubraciones, acerca de «interpretaciones de la muerte de Jesús en las comunidades primitivas», que, según el autor no coincidirían con el «Jesús histórico». Ver al respecto: J. MEJÍA, «*Jesucristo el liberador*» de Leonardo Boff» en: *Teología*, XIV-Nº 29-(1977) 90-91. Me parece que, incluso con el mayor respeto por la reciente crítica, es difícil sostener una afirmación tan poco matizada y que olvida además, el valor de extrema antigüedad y por consiguiente, de valioso testimonio histórico y dogmático, que posee un texto como I Cor 15, 3: Cristo murió por nuestros pecados», tenido por muchos autores como pre-paulino (en la nota 14 señala: Cf. Vgr. J. JEREMIAS, *Le Parole dell'Ultima Cena*, Paideia, Brescia 1973,

LA BIBLIA HECHA ORACIÓN-EL SALTERIO

No faltan en el otro extremo, quienes quieran atenuar todo sentido de desolación, diciendo que el recurso a la Escritura traduce un sentimiento de confianza y de triunfo. Semejante interpretación no pondera seriamente las palabras, que Jesús profiere. Porque indican una angustia extrema. Jesús, en algún sentido, es realmente abandonado por Dios, en cuanto éste no lo protege contra sus adversarios, entregándolo en sus manos, para ser destinado a la muerte en suplicio horrendo¹⁹. Este es de una suerte pésima, que no se puede mini-

120-124. Cf. También R. E. BROWN, *The Virginal Conception and Bodily Resurrection of Jesus*, Paulist Press, Londres-Dublin 1973, 81 ss., con la nota 140). Igualmente, en 1985, notaba por mi cuenta lo siguiente: «La figura de Jesús que resulta de esta exégesis, seguida por Boff, es tan escuálida (Jesús termina siendo lo más parangonable a un profeta o a Espartaco, que también murió crucificado por liberar a los esclavos), que se vuelven del todo inverosímiles la persistencia y pujanza históricas que se fundamentan en él. Por otro lado, los poquísimos años que separan la muerte de Cristo de las primeras formulaciones cristianas (I Cor 15, 3-5) ¿son suficientes para la construcción de un mito? A pesar de vagas semejanzas con los mitos paganos, el cristianismo posee una poderosa unidad y ha podido imprimir sobre la historia una marca incomparable. Además, ¿habría podido en menos de veinte años propagarse de la comunidad primitiva de Jerusalén (donde se hablaba arameo), a las comunidades del mundo helenístico, judeocristianas primero, pagano-cristianas después?» («La teología de la liberación según algunos de sus principales autores» en: *Cursos de Cultura Católica, La Teología de la liberación y el marxismo*, Vol III, Buenos Aires 1986, 158. Citando a: H. Urs von Balthasar, «Verité du Christ» en su obra: *Nouveaux points de repère*, Fayard, Paris 1986, 156).

¹⁹ Se ha de alertar asimismo, sobre las consecuencias, que muchos sacan de este grito, respecto a la explicación de la redención como «sustitución penal» de Jesús en lugar nuestro. Calvino, por ejemplo, sostiene, que este lamento del crucificado aludía a la desesperación de los condenados en el infierno, al cual habría descendido Cristo, para que pudiera de algún modo sufrir la pena de los mismos (*Institutiones Religionis Christianae*, II, 16, 10). Otro exegeta, pese a ser también calvinista, sostiene que lo escrito por su maestro es una «impiedad» (J. DANNEY, *The Death of Christ*, Londres 1903, 63). Ninguna interpretación correcta puede aceptar esta perspectiva. Más bien, al pronunciar en alta voz las primeras palabras del Sal 22, Jesús ha expresado su gran desolación, como el justo sufriente del salmo; desolación, entonces, no desesperación. Él tuvo reconocimiento de su destino (anunció por tres veces su pasión y resurrección: Mt 16, 21; 17, 22- 23;

DIÁLOGO 72

mizar y que suscita en el alma humana una angustia profunda sobre la relación misma entre Dios y el hombre.

Externamente todas las apariencias indican que el juicio de Dios se descarga sobre Jesús, de tal modo que sale confirmada la posición de los burladores: no es el templo el que es abandonado por Dios, como había anunciado Jesús, sino el mismo Jesús (Mt 27, 39).

Además, la desolación de Jesús permanece abierta a la acción de Dios. La misma expresión usada revela ya esta disposición, porque la pregunta no se refiere a una causa pasada del dolor presente, sino a la finalidad, que Dios se propone con él. De hecho el texto no dice: «¿Por qué me has abandonado?», sino: «**hinatí**» (hiná-tí: Mt 27, 47; «**eis ti**»: Mc 15, 34): «¿para qué, con qué finalidad?».

«Frecuentemente los hombres atribulados preguntan a Dios sobre la causa pasada: “¿Qué mal he cometido para padecer así?”, La pre-

20, 17. 22 y par.), había aceptado el cáliz de los sufrimientos y de la muerte (ibid., 26, 39. 42), en plena conciencia del carácter redentor de su pasión (ibid., 20, 28) y del hecho de que a través de la muerte regresaría al Padre, para sentarse a su diestra, en cuanto Hijo del hombre glorioso (ibid., 26, 64). Por todo lo cual es inconcebible que Jesús haya muerto en desesperación. (También L. Boff y otros autores han puesto en duda la historicidad de estos anuncios de la Pasión y resurrección, tratándolas como “prophetiae ex eventu” (“profecías surgidas después del acontecimiento, inventadas por las comunidades cristianas posteriores, por lo tanto: falsas): Ver: *Jesucristo...*, 371. Me he referido a esto en el artículo ya citado: «Anuncios de la Pasión. Vaticinia ex eventu?» en: *La teología de la liberación...*, 160-164). Jesús, formulando su gran desolación ha mostrado que siguió siendo profundamente humano hasta el último momento, especialmente en su reacción al intenso sufrimiento. El estado de ánimo manifestado en el grito de abandono fue el del justo probado por Dios hasta el punto de sentirse abandonado por Él, del justo que, a pesar de todo mantiene la confianza que tenía en un Dios fiel, de parte del cual sabe que, al final, será restablecido. El Sal 22, en efecto, pasa de la desolación a la oración y finalmente a la liberación del justo sufriente. El itinerario de Jesús desde Getsemaní a Pascua ha seguido una secuencia similar (ver: L. SABOURIN, *Il Vangelo di Matteo - Teologia e Egesi II*, Marino 1977, 1045-1046).

LA BIBLIA HECHA ORACIÓN-EL SALTERIO

gunta de Jesús se refiere al futuro:” ¿Para hacer qué?”²⁰. La primera formulación indica una actitud, que trata a Dios casi de igual a igual, exigiendo aclaraciones. La otra postura deja a Dios ser Dios: confía que **hay un futuro**, que escapa al hombre, pero que bien lo conoce Dios. En esa onda va la pregunta de Jesús.

La respuesta está sugerida en la última parte del Salmo (vv. 23-32): Dios dará la salvación y una fecundidad admirable²¹.

²⁰ A. VANHOYE, *De narrationibus Passionis Christi in Evangeliiis Synopticis (ad usum auditorium)*, Romae 1970, 121.

²¹ Lucas omite el grito aramaico de Jesús, del Sal 22. Según muchos, porque, dado que escribía a comunidades helenistas, se habrían escandalizado ante Jesús, que se siente abandonado por su Padre, Dios. (Así: N. COUSIN, *Le Prophète assassiné*, Paris 1976, 142). Con el fin de evitar tal escándalo en los destinatarios de su Evangelio, Lucas «atribuiría» otras palabras finales al Jesús agonizante, acudiendo a un Salmo distinto (Sal 31, 6): «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23, 46; Ver: N. COUSIN, *ibid.*, 175-177). A lo cual se podría hacer notar, con J. Galot: «El “gran grito”: “*Por qué...*” no ha sido el último; le sigue otro “gran grito” (cf. Mt 27, 50; Mc 15, 37), del cual el Evangelista Lucas nos ha comunicado los términos: “*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*” (Lc 23, 46). Esta cita del Sal 31 pone el acento sobre la confianza. A diferencia del salmista, que invocaba a Yahwé, Jesús se dirige al Padre; y mientras que el salmista se remitía a las manos divinas para escapar de la muerte y conservar la vida, Jesús da su vida, contando con otra vida después de la muerte. La confianza es, entonces, mucho más audaz. Resuelve perfectamente el problema afectivo tan dramático vivido por el crucificado. La segunda cita responde, en efecto a la primera: “*Elói*” es reemplazado por “*Padre*”; a la interrogación “¿por qué?” se le sustituye la decisión de abandono: “encomiendo mi espíritu”; al “me has abandonado” responde la certidumbre de la unión: “en tus manos”» («Problèmes de la conscience de Jésus» en: *Espirit et Vie*, 92 Année, N° 10-11, Mars 1982, 152). Hay que observar también, que, según Lucas, Jesús agonizante no cita literalmente el Sal 31, 6, dado que en lugar del original: YHWH, dice: «Padre». Como explica P. Grelot: «Jesús en el relato de Lucas, recoge ciertamente la fórmula sacada del Salmo 31 /30, pero la personaliza por la forma con que se dirige a Dios» (*El misterio de Cristo en los Salmos*, Salamanca 2000, 97). Y, encarando (como recién se vio en J. Galot) la cuestión de la autenticidad (si lo dijo Cristo o lo pone Lucas en sus labios), prosigue: «Hemos de procurar no imputar al evangelista solo este cuadro de la

VI. RELECTURA MESIÁNICA DEL SALMO 22

«Ningún otro salmo, de hecho, nos presenta un alma tan bella, tan pura, tan cercana al Mesías como la que hace exhalar la desventura del orante»²². Iremos, pues, desgranando los versos de esta dramática lamentación, comparando con los detalles de la misma, que se cumplen en el Gólgota.

El v. 8: «Los que me ven se burlan de mí, hacen mueca y mueven la cabeza, diciendo: “Confió en el Señor, que él lo libre; que lo salve, si lo quiere tanto”». Comprobamos en Mt 27, 39: «Los que pasaban, lo insultaban y, moviendo la cabeza, decían: “Tú que destruyes el Templo y en tres días lo vuelves a edificar, isálvate a ti mismo, si eres Hijo de Dios, y baja de la Cruz!”».

muerte de Jesús en la cruz, que expira (**exépneusen**) entregando a Dios su “espíritu”, comprendido aquí como el principio interior de los sentimientos. La agonía de Jesús en la cruz duró tres horas (Mt 27, 45). Marcos y Mateo no conservan más que una sola palabra: la que traduce la angustia en que se vio sumergida su sensibilidad. Lucas sólo conserva la que lo muestra unido interiormente a Dios, acogiendo su voluntad incomprensible (cf. Lc 22, 42) (...) La angustia que experimentaba en su ser sensible no será incompatible con la entrega de su espíritu en manos del Padre: son dos aspectos diferentes de la persona que se subrayan en dos cuadros contrastados. Dejemos a quien así lo quiera el deseo de imputar a Lucas la construcción de una “pintura edificante” en donde Jesús pronuncia la palabra más adecuada (...). Muchas palabras entrecortadas pudieron pronunciarse durante aquella agonía de tres horas: Lucas no conserva más que la que señala su abandono en las manos del Padre» (ibid.). Insistimos en que la transformación, con que se apropia Cristo del Sal 30 / 31,6 («Padre» en lugar de: «Señor, Dios fiel»), indica, que en ÉL los salmos van a adquirir un significado que no tenían antes. Cuando ÉL los reza, no lo hace solo, con el pueblo de Israel o como cualquier judío de su época, sino que, al haber sido enviado por el Padre, para cumplir sus designios, los lleva a su perfección. Realiza en su vida, muerte y resurrección todo lo que el Antiguo Testamento, incluidos los salmos, anunciaba de ÉL.

²² A. Feuillet, «Souffrance et confiance en Dieu. Commentaire du Ps 22» en: *Nouvelle Revue Théologique*, 70 (1948) 137-139.

LA BIBLIA HECHA ORACIÓN-EL SALTERIO

Continuando el recitado del Salmo, dijo Jesús: «Tú, Señor, me sacaste del seno materno, me confiaste al regazo de mi madre; a ti fui entregado desde mi nacimiento, desde el seno de mi madre, tú eres mi Dios» (vv. 10-11). Fácil es descubrir los sentimientos que embargarían a Jesús, contemplando a su Madre al pie de su patíbulo. A la colaboración de María se debió aquel cuerpo, que ahora quieren aniquilar los adversarios, pero que, todo lo contrario, servirá para obedecer al Padre hasta el final. Recordemos: «Tú no quisiste sacrificios ni oblación; en cambio, me has dado un cuerpo²³ (...) para hacer, Dios, tu voluntad» (Hebr 10, 5. 7, citando otro salmo: 40, 7-9).

«Mi garganta está seca como una teja y la lengua se me pega al paladar» (v. 16). También esta situación tan concreta, aflora en el Calvario: «Enseguida (del clamor: “Elí, Elí”) uno de ellos corrió a tomar una esponja, la empapó de vinagre y, poniéndola en la punta de una caña, le dio de beber» (Mt 27, 48; Mc 15, 36; Lc 23, 36). Juan explicita: «Para que la Escritura se cumpliera hasta el final, Jesús dijo: “Tengo sed”» (Jn 19, 28, refiriéndose a un Salmo distinto 69 / 68, 22: «Pusieron veneno en mi comida y cuando tuve sed me dieron vinagre») ²⁴.

²³ Interrumpimos completando la idea de fondo: ¿Quién sino María ofreció ese cuerpo, ahora sacrificado en el Calvario?

²⁴ En el **Missale Romanum** de San Pío V, reformado por San Pío X, se proponían hermosas oraciones para la “Gratiarum actio post Missam”. Entre ellas figuraba la “Oratio ad D. N. J. Crucifixum”, donde había una alusión a estas consonancias entre el Sal. 22 y el Cristo paciente, que se refería a los vv. 17 y 18 del mismo: “Dum magno animi affectu et dolore tua quinque vulnera mecum ipse considero ac mente contemplor, illud prae oculis habens, quod jam in ore ponebat tuo David propheta de te. O bone Jesu: **Foderunt manus meas et pedes meos**: dinumeraverunt omnia ossa mea. Ps 21, 17-18” (Advirtiendo que usa la numeración de la Vulgata para los salmos). Resaltamos el v. 17, de cuya problemática trataremos brevemente: «**Han taladrado mis manos y mis pies**» (**Missale Romanum**, Romae-Tornaci-Parisiis 1948-CXXXVIII). Si bien hay, sin duda, alusión a «las manos y a los pies» en el v. 17, “con todo la imagen perma-

DIÁLOGO 72

Es notoria igualmente la coincidencia del v. 19, con lo que nos refieren aquí los cuatro Evangelistas: «Se reparten entre sí mi ropa y sortean mi túnica». Esta «praxis, reservada también a los condenados a muerte y que entró también en la legislación imperial con Adriano y Ulpiano (*Digestum* VI, 48. 20), está en la base de famosos textos evangélicos que se refieren libremente pero también explícitamente a nuestro Sal 22, 19. Juan, en cambio, desarrolla una escena más amplia, citando nuestro versículo por entero, introduciendo una distinción entre los vestidos y la túnica “como aquella túnica no tenía costura, porque estaba hecha de una sola pieza de arriba abajo, se

nece oscura a causa del incomprensible vocablo *k'ryj* que los acompaña. La solución no es fácil, las propuestas se cuentan a decenas. He aquí un pequeño muestrario. Los LXX tradujeron «perforaron» (de: ka'arú), de donde el *föderunt* del Salterio galicano de Jerónimo. Pero Jerónimo, en el salterio *iuxta hebraeos* tradujo *vinxerunt*, «ataron». Los masoretas vocalizaron en sentido: «Como un león mis manos y mis pies». La Peshitta siríaca tiene: «han lacerado» y la Vulgata: «han atravesado». Que este último sentido no sea el exacto, queda indirectamente probado por el hecho de que el NT ignora el pasaje, sin alegrarlo en la crucifixión de Cristo. Observa justamente Gese que la tradición evangélica obraba sobre un arquetipo arameo y no sobre el texto griego y el arquetipo no tenía el motivo de las heridas o transfixiones en el v. 17c” (GIANFRANCO RAVASI, *Il Libro dei Salmi-Commento e attualizzazione*, Volume I, Bologna 1985, 1-50, 416). Ravasi cita a Gese, sin indicar referencia alguna. Sin duda que se trata de: H. Gese, «Psalm 22 und das Neue Testament» en: *Zeitschrift für Theologie und Kirche*, 75 (1958) 1-22. P. Grech, antiguo profesor del Augustinianum y del Pontificio Istituto Biblico (ambos romanos), que fuera miembro de la Pontificia Commissio Biblica (2002-2013) y actual cardenal, plantea el siguiente problema: «Cuando Jesús cita este salmo en la cruz, la primera cosa que hemos de preguntarnos es la cuestión de la autenticidad, o si solamente ha sido colocado (por los Evangelistas) en la boca de Jesús. No creo que haya muchas razones para dudar de la autenticidad, más bien se dan muchas razones para afirmar la autenticidad» («La Passione del Signore. Ps. 22», en sus apuntes: *Ermeneutica cristologica del Vecchio Testamento*, Roma 1973, 74, 62-63). Justamente, en relación a este v. 17, observa que no es citado en los Evangelios según la versión griega (LXX -usada generalmente por los autores del N.T.-), que trae precisamente esa traducción: «óryxan» («agujerearon») y eso que habría servido óptimamente como una prueba más de la referencia del salmo a la crucifixión de Cristo. Sin embargo tal versículo, en su traducción griega, jamás es aducido por el N. T. (ver: P. Grech, *ibid.*, 64).

LA BIBLIA HECHA ORACIÓN-EL SALTERIO

dijeron entre sí: No la rompamos. Vamos a sortearla, para ver a quién le toca. Así se cumplió la Escritura que dice: Se repartieron mis vestiduras y sortearon mi túnica” (Jn 19, 23-24)»²⁵.

VII. TRAS LAS HUELLAS DE CRISTO

Creo que se ha podido comprobar hasta qué punto Jesús estaba empapado con el clima de oración, que bebió con abundancia de los Salmos de su pueblo, Israel.

Ya, de por sí mismas, aquellas antiguas plegarias eran preciosas, dado que tenían al mismo Dios por autor principal, porque había inspirado a sus compositores humanos.

Sin embargo, habiéndolas asumido el mismo Hijo de Dios hecho hombre como expresión de su diálogo personal con su Padre, se han visto enaltecidas a un grado sublime de orientación, para todo el que quiera dirigirse a Dios de la mejor manera concebible: en su origen: inspiradas por Dios, en el uso, que de ellas ha hecho el Verbo encarnado, quedan como incomparable y eficaz puente de contacto con el Altísimo.

No es posible, entonces, considerarlas como antiguallas, fórmulas que no llenan las propias aspiraciones, que cansan de puro repetirlas. Quien se dejara llevar de tales sentimientos estaría mostrando su mezquindad y ridícula pretensión de achatarlo todo a sus más que limitados horizontes.

Ni Cristo, ni su santísima Madre, ni grandes santos y genios de la fe, se han dejado subyugar por semejantes engaños del Tentador, que siempre se viste como «ángel de luz» (II Cor 11,14), reduciendo

²⁵ GIANFRANCO RAVASI, *ibid.*, 418.

nuestras ansias de infinito y por lo tanto de Dios, a antojos inmediatos.

Acabamos de recordar hasta qué punto Jesús, pese a sus repugnancias y miedos más que comprensibles (Jn 12, 27-28; Mt 26, 38-39²⁶), en el punto más crucial de su misión en el mundo, no se dejó llevar de inmediateismos, sino que, pese a aquel trágico sentimiento de abandono por parte de «su Dios» («Elí, Elí, lemá sabactaní» Mt 27, 46), acudió a los Salmos, para dar cauce a su oración. No por nada, pues, San Pedro nos exhorta: «También Cristo padeció por Uds. y les dejó un ejemplo a fin de que sigan sus huellas» (I Pedr 2, 21).

Que nos baste el recuerdo de María Santísima, Madre de nuestro Redentor, ya que, como bien expresa G. D. Mailliot, «si bien los

²⁶ Hace notar P. Grelot, cómo también la desconsoladora confesión de Jesús a sus discípulos, antes de internarse en su dramático ruego de Getsemaní: «Mi alma está triste hasta la muerte» (Mt 26, 38 – 39) tiene de fondo el Sal 43 /42, 6: «¿Porqué estás triste alma mía, por qué gimes dentro de mí?». Lo cual puede aplicarse igualmente a las últimas palabras de la vida pública de Jesús, recordadas por Juan: «Ahora mi alma está turbada. Y ¿qué voy a decir? ¿Padre, líbrame de esta hora? ¡Pero si he llegado a esta hora para esto! Padre, glorifica tu nombre. Vino entonces una voz del cielo: Le he glorificado y de nuevo le glorificaré. La gente que estaba allí y lo oyó decía que había sido un gran trueno. Otros decían: Le ha hablado un ángel» (Jn 12, 27-29. Ver: P. Grelot, **El misterio de Cristo en los Salmos**, Salamanca 2000, 128-131). La semejanza de los datos joaneos, con la oración de Getsemaní, atestiguada sólo por los Sinópticos (asunto no destacado por Grelot), se la puede comprobar tanto en la constatación de la turbación de su alma (como acabamos de ver en Mateo, trayéndola también: Mc 14, 32-34), como en ese «ángel», que según algunos le habló y que coincide con el ángel, que sólo Lucas recuerda, como auxilio de Jesús en su agonía, previa al Calvario (Lc 22, 43). Es no menos de notar el ritmo de los sentimientos de Jesús, tanto en los Sinópticos, como en este texto de Juan. Asoma primeramente el instinto de conservación: «Aparta de mí este cáliz» (Mc 14, 36; Mt 26, 39; Lc 22, 42; Jn 12, 27: «Padre, líbrame de esta hora»). Pero es enseguida corregido por la entrega total a la voluntad del Padre: «Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres» (Mc 14, 36; Mt 26, 39; Lc 22, 42; Jn 12, 27-28: «¿Qué diré? ¿Padre, líbrame de esta hora? ¡Pero si he llegado a esa hora para esto! Padre, glorifica tu nombre»)

LA BIBLIA HECHA ORACIÓN-EL SALTERIO

salmos no hacen mención a María, ni siquiera indirectamente, se puede decir, sin riesgo de equivocarse, que los salmos constituyeron el tejido de su meditación y de su oración»²⁷.

Leyendo y rezando el **Magnificat** de María (Lc 1, 46-55), es posible comprobar cuán empapado está de todo el Antiguo Testamento, pero muy en especial de los Salmos²⁸, de los cuales destacamos algunos, que seguramente sabrá encontrar en el Cántico de la Virgen, quien lo conoce y reza:

Sal 110 / 111, 9: «Su nombre es santo y terrible» (Lc 1, 49)

Sal 88 / 89, 11: «Tu brazo poderoso dispersó a los enemigos» (Lc 1, 51)

Sal 112 / 113, 6: «Levanta del polvo al débil» (Lc 1, 52)

Sal 106 / 107, 9: «Colmó de bienes la garganta hambrienta» (Lc 1, 53)

Sal 97 / 98, 3: «Se acordó de su amor y fidelidad a favor de la casa de Israel» (Lc 1, 54)

«María tamiza su oración en el lenguaje de la piedad de esos pobres de Yahvé y hace suya, en sumo grado, su actitud religiosa. El *Magnificat* es una de las oraciones más bellas que existen, un canto de pobreza que resume él solo la principal actitud de la oración de los salmistas: la humildad. “Aquí, la tradición del pasado estalla en una nueva primavera, pues María es la realización y la cumbre de toda esa

²⁷ *El libro de los Salmos. Rezar a Dios con palabras de Dios*, Madrid 2005, 268. Se recomienda esta obra como una preciosa guía hacia el aprecio del Salterio.

²⁸ Se dan evidentes semejanzas con la situación y el «Cántico de Ana» (Lc 1, 46 - I Sam 2, 1; Lc 1, 48 - I Sam 1, 11) y con otros pasajes del Antiguo Testamento.

gente que esperaba y escuchaba con todas sus posibilidades de acogida”²⁹.

VIII. «RODEADOS DE UNA NUBE DE TESTIGOS» (HEBR 12, 1)

No sólo El Hijo de Dios y su Santísima Madre, vivieron su oración empapados del Salterio, sino que siguió después hasta nuestros días una multitud innumerable de creyentes, que se valieron de estas antiguas y siempre nuevas plegarias del corazón humano, sostenidas por el sople de Dios.

Sería inacabable pretender ser exhaustivos, al pasar lista de los testimonios vitales de cuantos se han beneficiado por el uso personalizado de los Salmos. Se escogerán algunos ejemplos, que continúan a través de las edades, no en monótonas reiteraciones, sino en vivientes ecos de la oración enseñada por Dios mismo y encarnada en su Hijo, demostrando la riqueza inmarcesible de la «Biblia orans».

Ya para «nuestros hermanos mayores» del pueblo de Israel, los Salmos significaban la referencia ineludible para con su Dios, que los escogió entre todas las naciones.

Oigamos a André Chouraqui³⁰: «Nacemos con este libro en las entrañas. Un libro pequeño, 150 poemas, 150 escalones levantados entre la muerte y la vida, 150 espejos de nuestras rebeldías y de nuestras fidelidades, de nuestras agonías y de nuestras resurrecciones. Más que un libro, es un ser vivo que habla, que nos habla, que sufre, que gime y que muere, que resucita y canta, en el umbral de la eternidad y os toma y os lleva, a vosotros y a los siglos de los siglos, del

²⁹ G. D. Mailhiot, *ibid.*, 280-281 y 282 (citando en el último párrafo a: J. LOEW, *La prière à l'école des grands priants*).

³⁰ Judío francés (1917-2007), que llegó a ser alcalde de Jerusalén (1965). Dialogó muy honestamente con católicos como el Card. J. Daniélou y el filósofo J. Maritain.

LA BIBLIA HECHA ORACIÓN-EL SALTERIO

principio al fin. Esconde un misterio para que las edades no dejen de volver a este canto, de purificarse en esta fuente, de interrogar cada versículo, cada palabra de la antigua oración, como si los ritmos hicieran latir el pulso de los mundos»³¹.

Pablo exhorta a los Efesios: «Reciten **salmos**, himnos y cantos espirituales, cantando y celebrando al Señor de todo corazón» (Ef 5, 19; ver, en igual sentido: Col 3, 16).

S. Gregorio de Nisa: «El Salterio: el libro de todos. Cada uno, cualesquiera que sean su estado de ánimo o sus aflicciones, tiene sensación de que esta parte de la Escritura le ha sido dirigida personalmente por Dios»³².

Huelga referirnos a S. Agustín, quien, como nadie en toda la Patrología oriental y occidental, profundizó en este libro, con sus copiosas **Enarraciones in Psalmos**.

«Pero -nos preguntamos con Mailhiot- ¿tiene esta oración de los salmos el mismo valor hoy en día? ¿Nos sigue afectando como lo hacía antaño a tantos auténticos cristianos? A estas preguntas, hay que responder que sí. Los salmos, oración del pueblo judío, nos siguen afectando hoy todavía, con la condición de que proclamemos como acto de fe que la historia de Israel es nuestra historia. Los salmos son las oraciones del pueblo que Dios ha elegido, con el que se ha comprometido mediante una alianza y al que se ha revelado de manera única.

«La historia de Israel es nuestra verdadera historia, ya que nosotros pertenecemos al pueblo de Dios. De modo que, al repetir esos viejos salmos, se deshace nuestro individualismo, nos sentimos como

³¹ *Les Psaumes*, Paris (1956) 1-2.

³² PG, 44, 437. Ya hemos adelantado la perspectiva tan acabada al respecto de Sto. Tomás de Aquino (p. 3).

llevados por un amplio movimiento de liberación y caminamos íntimamente unidos al pueblo de Dios. A continuación se transcriben algunos testimonios que ilustran la actualidad de la oración de los salmos hoy.

«Primero, el de la hija de Stalin, Svetlana Alliluyeva (1926-2011)³³, quien, antes de su bautismo decía: “En ninguna parte he encontrado palabras más fuertes que en los salmos. Esta poesía ardiente purifica, fortalece, hace nacer la esperanza en los momentos difíciles. Obliga a uno a refugiarse, a condenarse y borrar mediante sus lágrimas los errores de su corazón. Es un fuego inextinguible de amor, de gratitud, de humildad y de verdad”³⁴.

«Un segundo testimonio es el del padre Y. Congar: “Salmos, mis queridos salmos, pan cotidiano de mi esperanza, voz de mi servicio y de mi amor a Dios, alcanzad vuestra plenitud en mis labios. Queridos salmos, no envejecéis, sois una oración inmutable. Como la verdad, refrescáis los labios y el corazón de los que los cantan. Aceptad que os resuma en dos palabras de las que la segunda se puede pronunciar de verdad cuando se ha dicho la primera. Amén. Aleluya”³⁵.

«Por lo tanto, el libro de los Salmos está lejos de ser un libro caduco de la Antigua Alianza. Rezar los salmos es entrar en ese gran movimiento que nos asocia a una multitud innumerable de hombres y mujeres creyentes que han rezado y siguen rezando las alabanzas que el propio Señor nos ha enseñado: rezar los salmos es rezar a Dios con las palabras de Dios.

³³ Después de una vida bastante agitada, con varios matrimonios y divorcios, en 1982 se convirtió al catolicismo.

³⁴ S. Alliluyeva, *Une seule année*, Paris 1971, 253.

³⁵ En: *La Vie Spirituelle*, 129, 1975, 876 ss.

LA BIBLIA HECHA ORACIÓN-EL SALTERIO

«Los salmos conservan y siempre conservarán un valor eminentemente universal y divino. De este modo se expresaba A. Chouraqui en su introducción al libro de los Salmos:

«Puesto que el salterio narra la historia de todos, se ha convertido en el libro de todos, en embajador infatigable y penetrante de la palabra de Dios ante los pueblos de la tierra (...) Se ha insinuado en todas partes: en todos los bautizos, en todos los matrimonios, en todos los entierros y en todas las Iglesias. Está en todas las fiestas y en todos los duelos de casi todas las naciones (...). Los salmos han sabido hablar, en todas las lenguas, a todos los hombres, todos los días, para inspirar sus negaciones más altivas y sus audacias más fecundas. Y desde casi dos mil años, los conventos y los guetos se encuentran misteriosamente en esa guardia de amor para salmodiar, aquí en latín, allí en hebreo, aquí en francés, los himnos de los patriarcas de Israel»³⁶.

IX. ALGUNAS DIFICULTADES

¿No se trata de fórmulas ya superadas?

Si Jesús aconsejó: «Cuando oren, no hablen mucho, como hacen los paganos: ellos creen que por mucho hablar serán escuchados» (Mt 6,7), proponiendo enseguida la breve y enjundiosa fórmula del «Padre nuestro» (ibid., vv. 9-13), entonces, ¿no nos ha de bastar? ¿Por qué acudir todavía a los salmos? ¿No son Antiguo Testamento, superado, al igual que los sacrificios del templo?

Fuera de la principal réplica, ya anticipadamente propuesta, sobre el recurso a los salmos, como oración personalísima, del mismo que cumplió y superó los preparativos de la Antigua Alianza: Jesucristo, se ha de considerar que los salmos nos descubren, que Dios no sólo

³⁶ *Les Psaumes*, 1-2. El conjunto de referencias en: G. D. MAILHIOT, *ibid.*, 36-38.

DIÁLOGO 72

nos habla, como en los anuncios proféticos o en los relatos de su intervención a favor de Israel, su pueblo, sino que también ha sido el mismo Dios, quien nos ha proporcionado las palabras, que quiere oírnos pronunciar, en la respuesta, que le dirigimos. Tal como lo expresó de modo insuperable S. Agustín: «Me atrevo a decir a vuestra caridad: para poder ser alabado convenientemente por el hombre, Dios se ha alabado a sí mismo. Puesto que Dios se ha dignado alabarse a sí mismo, el hombre ha encontrado el modo con el cual alabarlo. Y no es posible decir de Dios lo que se ha dicho del hombre: “No te alabes a ti mismo” (Prov 27, 2). Pues, que el hombre se alabe a sí mismo es arrogancia. Que Dios se alabe, es misericordia»³⁷.

No hay, pues, punto de comparación con nuestros débiles e imperfectos rezos. Como lúcidamente lo expresó San Pablo: «El Espíritu acude en ayuda de nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos pedir como conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inenarrables» (Rom 8, 26). Y, una forma privilegiada, en que el Espíritu viene en nuestro auxilio es el Salterio, inspirado por Él mismo.

De acuerdo, pero no nos expresamos a nosotros mismos

Es que, justamente, el rezo de los salmos es la mejor escuela para salir de nuestros subjetivismos. Nos agigantan y permiten que no dependa de los altibajos de los propios sentimientos la alabanza, que

³⁷ «In Psalmum 144» en: *Enarraciones sobre los Salmos*, Madrid 1967, 741. Se recuerda, por las dudas, que no habiendo nada ni nadie superior a Dios, sólo ÉL es fin y meta para sí mismo. De modo que no hay vicio, orgullo o engrimiento, cuando «Dios se alaba a sí mismo», pues lo que hace es indicarnos, que fuera de ÉL no podremos encontrar reposo, ni felicidad alguna. Como expresó no menos maravillosamente el mismo Agustín: «Nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que se aquiete en ti» (*Las Confesiones*, lib Iº, 1). No es posible, entonces, encontrar mejores respuestas, que sintonicen con Dios, que las que ÉL mismo nos proporciona.

LA BIBLIA HECHA ORACIÓN-EL SALTERIO

a Dios le agrada, por más que nosotros mismos «no sepamos qué pedir». El ya citado Agustín aconsejaba: «Si el salmo ora, oren; si gime, giman; si se alegra, alégrense; si espera, esperen, si teme, teman. Pues todas las cosas aquí escritas son nuestro espejo»³⁸. «No hay punto de comparación con nuestras débiles e imperfectas oraciones: con los salmos, es nuestra alma la que se dilata y se engrandece, la que se dirige a Dios, como Él ha querido que nos dirijamos a Él»³⁹. Lo malo es que, tantas veces no «nos dilatamos en Dios», sino que pretendemos abajar a Dios hacia nuestros cambiantes estados de ánimo.

De ahí la gran oportunidad de esta reflexión de D. Barsotti: «Si nos limitásemos a orar solamente cuando nos gusta, cuando tenemos ganas de orar, no responderíamos a nuestra vocación, la que nos exige que la oración sea para nosotros un trabajo y hasta una carga pesada. No debemos rehusar el rezo del oficio divino porque encontremos dificultad en su rezo. La dificultad existirá siempre. El oficio es una oración que no se adapta a nuestra condición, sino más bien una oración que exige de nosotros una continua adaptación, un ir más allá, un intentar constantemente asimilar el estado de ánimo de Jesús en una transformación progresiva en Cristo»⁴⁰.

¿No aparecen en los Salmos posturas superadas por el Nuevo Testamento?

Así, por ejemplo, nos reprende San Pablo: «¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?» (I Cor 4, 7). Pero, como se verá luego, pareciera que ciertos orantes de los salmos insistieran ante Dios, recordándole su vida irreprochable.

³⁸ «In Psal 30», III, 1, *Enarraciones...*, I, Madrid 1964, 365.

³⁹ G.D. MAILHIOT, *ibid.*, 28.

⁴⁰ *Introducción al Breviario*, Salamanca 1967, 74.

DIÁLOGO 72

Hasta pareciera, que algunos salmos se contradijeran con otros. Así es cómo San Pablo, para fundamentar su teología sobre la «justicia», que se puede obtener sólo por la fe, se apoya en el Salmo 14, 1-3: «Según está escrito: No hay nadie justo, ni uno solo» (Rom 3,10).

Enfrentamos a continuación estos reparos guiados por P. Beauchamp⁴¹. «¿Por qué nuestro compañero, el salmista, dice tantas veces que es justo? ¿Por qué pronuncia palabras tan duras contra sus enemigos? Porque de este modo se sitúa en el extremo opuesto de las conductas de *confesión* y de las conductas de *perdón*⁴². Algunos versículos nos repelen y nos hacen pasar rápidamente, cuando los cantamos, a los que vienen después. Y la verdad es que no escasean: *Júzgame, Señor, según mi rectitud, según mi inocencia, oh Altísimo (Sal 7, 9). Mis pisadas eran firmes en tus senderos (Sal 17, 5).*

«O también: “El Señor retribuyó mi rectitud, la pureza de mis manos frente a él” (Sal 18, 25). Semejante actitud podría conducir a otra plegaria, la que recoge Lucas: “Dios mío, te doy gracias de no ser como los demás: ladrón, injusto o adúltero, ni tampoco como este recaudador” (Lc 18, 11)».

Beauchamp nos ubica ahora en los respectivos contextos, que iluminan el verdadero sentido de unas y otras afirmaciones. «Por ejemplo, un tribunal es un lugar en que cualquiera puede declararse inocente sin pecar de orgulloso. Esta comparación hace que las palabras de Lucas adquieran todo su relieve: “Ni tampoco como ese recaudador”. Nadie acusa al fariseo como para obligarle a declararse inocente; al contrario, él mismo pretende actuar como acusador; no responde a un ataque ni se ve obligado a defenderse. El salmista, sin embargo, es casi siempre un acusado. Ello no significa que siempre

⁴¹ *Los Salmos noche y día*, Madrid 1981, 31-36.

⁴² Aclaremos: en efecto, el que «confiesa», no habla de «su justicia», sino de «su culpa», como en el «Miserere» (Sal 51 / 50). Quien «perdona» ama hasta a sus enemigos.

LA BIBLIA HECHA ORACIÓN-EL SALTERIO

implore ante un tribunal, pero se remite a esa situación, en que no se trata únicamente de saber si el individuo en cuestión es modesto, sino de averiguar si dice la verdad ante Dios y ante los hombres. El fariseo de Lucas pronuncia un monólogo, mientras que el salmista dialoga y se defiende»⁴³.

«Hay que orar -concluye Beauchamp- ante el tribunal de la verdad. Los Salmistas se llaman pecadores *y a la vez* se llaman justos. Para que sea posible decir con verdad: “en esto he hecho mal”, hay que poder decir también con verdad: “en esto he hecho bien”. Es una lección de los salmos que llega muy lejos, con tal que nos enseñe a discernir en nosotros mismos»⁴⁴.

Finalizando estas finas distinciones, propone nuestro autor un eficaz ejemplo: «Teresa de Ávila no tenía miedo a los pasajes “duros” del Salterio. Cuando se ve perseguida, no por espíritus invisibles, sino por religiosos bien situados, les aplica las palabras del Salmo 141/140, 10: “Los impíos caerán en sus trampas, sólo yo me libraré” (Carta del 31 de enero de 1579)»⁴⁵.

X. LOS DUROS «SALMOS IMPRECATORIOS»

En una fructuosa introducción a la oración de los Salmos, el monje de Monserrat H. Raguer advierte, al respecto: «Los anteriores consejos parecerán tal vez difíciles de aplicar en el caso de los llamados salmos imprecatorios, que constituyen sin duda la mayor dificultad práctica del Salterio. Salen siempre a relucir cuando alguien habla de los inconvenientes de la oración de los salmos.

⁴³ Ibid., 32. En igual sentido se expresaba ya R. Tournay, en la primera presentación del Salterio de la *Bible de Jérusalem*: «Si algunos protestan de su inocencia, es para rechazar las calumnias, que se les lanza y no por orgullo farisaico» (Introducción) en: *Les Psaumes*, Paris 1955, 44).

⁴⁴ *Los Salmos, noche y día*, 36.

⁴⁵ Ibid., 36

DIÁLOGO 72

«Suele darse el nombre de salmos imprecatorios a aquellos que contienen imprecaciones, es decir maldiciones, o sea deseos de que a alguien le sucedan grandes males. Se comprende que ofrezcan dificultad a la hora de rezarlos en cristiano. La OGLH⁴⁶ habla a propósito de ellos, eufemísticamente, de “cierta dificultad psicológica”, aunque mejor diría “dificultad psicológica cierta”»⁴⁷.

En lo que sigue cedo la palabra del todo a R. Guardini, que, a mi ver, va respondiendo lúcidamente a los reparos, que suelen surgir al respecto⁴⁸.

«Cierto es también que el hombre de los *Salmos* no es todavía cristiano (...). En la historia del Antiguo Testamento ocurrió algo que se grabó profundamente en la memoria del pueblo; más aún, que hizo la forma básica de su modo de entender la existencia; la larga emigración desde Egipto (...) tal es la imagen de la existencia que tiene el hombre del Antiguo Testamento: está de camino.

«De ese estar de camino hablan los *Salmos*. Por eso en ellos sale a luz todo cuanto vive en los hombres: las alegrías, las necesidades, los miedos, las pasiones. Pero todo queda puesto ante Dios. No de modo dionisiaco⁴⁹. No en un asentimiento total a la existencia. No diciendo: ¡Vive; cuanto más enérgica y ardientemente, mejor! No se dice: También el odio, la cólera, la imprecación y la maldición son vida y por tanto buenos. Sino que se dice: Así es el hombre; lleno de voluntad terrenal, lleno de hambre vital, lleno de pasión de toda es-

⁴⁶ *Ordenación General de la Liturgia de las Horas*.

⁴⁷ OGLH, 131. En: H. RAGUER, *Para comprender y vivir los Salmos*, Estella 2010, 64.

⁴⁸ Puede que parezca una cita demasiado extensa. Pero no dudo, de que se podrá apreciar la profundidad, eficacia y utilidad de las reflexiones de este gran escritor católico.

⁴⁹ Se explica. Una catalogación de vida y arte, procedente de la antigua cultura griega, oponía entre sí a dos hijos de Zeus: *Apolo* y *Dionisos*. El primero presidía la luz, el orden, la moderación. El segundo era el dios del vino (*Baco* para los latinos), de la orgía (bacanales), del caos desatado.

LA BIBLIA HECHA ORACIÓN-EL SALTERIO

pecie, de odio y de sed de venganza; pero permanece en Dios. Se presenta ante Él. Se le muestra tal como es.

«Por eso el Dios Santo está por encima de todo lo que se dice en ellos y todo recibe juicio de ÉL. Tomemos aquellos *Salmos* que producen más duro escándalo: los *Salmos de maldición*. Comparémoslos con formas de maldición religiosa, tal como aparecen en la magia pagana y entonces veremos la diferencia. Esas formas manifiestan la voluntad de poner mano en Dios; de obligarle, con incitación y conjuro, a que realice la acción aniquiladora. Nada de eso se encuentra en los *Salmos*. La libertad de Dios permanece intacta. Siempre es el Señor y el Juez. Toda pasión y todo odio son puestos ante Él y así precisamente se establece la diferencia; llega a ser una verdad; tiene lugar una liberación.

«Pero podría decir alguno: Yo ya no estoy de camino. En efecto, yo ya soy cristiano. A éste se le responderá: ¿Lo eres realmente? ¿Te atreves a decir que has realizado el ser cristiano?

«Pues ¿qué significa ser cristiano? La respuesta exhaustiva la ha dado quizá San Pablo, al decir en la *Epístola a los Gálatas*: “Vivo yo, pero no ya no vivo yo, sino Cristo vive en mí” (2, 20). Y entonces uno continua así su pensamiento: “Y precisamente de ese modo es como empiezo a ser yo mismo”, ¿Ocurre eso en ti? ¿Puedes decir que has entrado en la inhabitación viva, en la sana mente de Cristo y que a partir de ahí has llegado a ser tú mismo? No se necesita más que hacer estas preguntas para saber en qué punto se está.

«Lo que vive el hombre del Antiguo Testamento, en efecto, todavía está en nosotros. No a la manera como el hombre de la época en que no estaban históricamente “cumplidas” (Jn 19, 30) las obras de la Revelación y de la Redención, sino según la manera de la realiza-

DIÁLOGO 72

ción⁵⁰. También nosotros estamos de camino hacia el ser cristianos. Bien es verdad que hemos recibido el mensaje y estamos bautizados y creemos; mejor dicho, nos esforzamos en creer; pero todo eso es sólo una emigración, abriéndose paso con luchas.

«También aquí ha dicho lo decisivo San Pablo al hablar en la *Epístola a los Romanos* (8, 29) de que el hombre nuevo, que “reproduce la imagen del Hijo de Dios”, debe abrirse paso a través del hombre viejo, que está en rebelión y confusión; que debemos “despojarnos” del viejo, dejarlo atrás y “revestirnos” del nuevo; que debemos pasar de una situación esclavizada y corrompida, a la libertad y verdad esencial del que renace en Cristo.

«Pero si alguien quiere insistir en su derecho, diciendo: Yo, sin embargo, he aprendido en la escuela de Cristo y en mí no hay ningún odio tal como el del *Salmo*; entonces se podría replicar otra vez: ¿Realmente es así? ¿O es sólo porque todavía no has tenido ocasión? ¿No hay en ti las mismas disposiciones y no despertarían si llegara la ocasión? ¿Quizá incluso peor?»⁵¹

⁵⁰ Tal vez sea útil aclarar. En Cristo «se cumplió», se llevó a perfección lo provisorio, preparativo, imperfecto del Antiguo Testamento. Pero todo ese «opus operatum» (la obra ya realizada, acabada por parte de Dios y su Cristo) ha de ser aplicado, vivido, asumido por cada creyente («opus operantis»). «No es que ya lo haya conseguido o que ya sea perfecto: yo lo persigo, a ver si lo alcanzo como yo he sido alcanzado por Cristo» (Filip 3, 12).

⁵¹ Me permito interrumpir la arrolladora argumentación de Guardini, confirmándola con una experiencia personal. Era por el año 1960. Me encontraba en Amsterdam, en un Bus, que paseaba a turistas, haciéndoles admirar los principales monumentos, edificios, de la ciudad. Un joven estudiante iba indicando: «Allí tienen el Museo de Rembrandt, aquí la casa, donde estuvo escondida Ana Frank, etc». Pero todas las explicaciones eran ofrecidas en inglés, idioma que por aquel entonces yo no había estudiado todavía. Entonces, pensando que el idioma más cercano al holandés es el alemán, pregunté en tal lengua: “Nur auf Englisch?” (= ¿Sólo en inglés?). El joven “cicerone”, se fue acercando a mi asiento y me preguntó, si yo venía de Alemania. Al responderle que era latinoamericano,

LA BIBLIA HECHA ORACIÓN-EL SALTERIO

«Una objeción fácil y que se gusta de poner contra la realidad de la Redención, dice así: ¿entonces, el mundo no ha mejorado después de la muerte y la Resurrección de Cristo?»⁵²

«Prescindamos, ante todo, de cuanto ha mejorado realmente por Él y por su palabra; y más aún, de cuanto se ha hecho totalmente diverso. Admitamos honradamente la pregunta: ¿Ha mejorado el mundo en su totalidad histórica? Quizá tenemos que decir que no. Quizá su situación inmediata ha empeorado, incluso.

«La persona de Cristo ha hecho patente la distinción entre el bien y el mal. Tanto el bien como el mal han llegado su mayoría de edad. El hombre que vive en la situación de la conciencia mítica todavía no sabe realmente de qué se trata. Todo se juega aún en una sola cosa, como las fuerzas de la Naturaleza. La diferencia entre el bien y el mal se transforma siempre en la diferencia entre lo bello y lo feo, lo noble y lo innoble, lo sano y lo enfermo. Sólo en Cristo se separan los valores y los caminos. Él es, por primera vez, el juicio.

«Entonces, cuando el hombre quiso el bien, esto fue lo santo moral, el actuar como Él y tuvo la seriedad de la Cruz. Del mismo modo, el mal entonces significó la contradicción al Hijo del Dios Santo,

siguió explicando, añadiendo al inglés la versión en perfecto castellano, aclarándome lo siguiente: «No sabe Ud. de lo que me libra, porque tener que hablar tanto tiempo en el idioma de aquellos bárbaros, que tanto mal le hicieron a mis parientes, me hubiera arruinado el día». Se me hizo patente, al momento, el tan certero análisis de Guardini: «Yo no tenía ocasión de que surgieran en mí motivos de semejante odio. En cambio aquel muchacho, ¡vaya que la tuvo!».

⁵² Suele ser común este reproche al cristianismo por parte de los judíos. Para ellos el Mesías ordenaría en perfecta paz y perfección todos los niveles de la creación. Dado que los cristianos admitimos la llegada del Mesías (Mashiáh en griego: Jristós), pero no se registra progreso alguno, ya que han seguido guerras, epidemias, hambre, etc., tal desproporción les sirve para argüir acerca del engaño patente en las pretensiones del Evangelio.

hecho hombre; la rebelión contra el que “vino a los suyos y los suyos no lo recibieron” (Jn 1, 11); mejor dicho, contra el que mataron⁵³.

«Por eso el mal es desde entonces más terrible que nunca; patente, sabido y querido. Nunca han ocurrido en los tiempos paganos cosas como las que han pasado en estos últimos cuarenta años⁵⁴. Pero pertenecemos a nuestro tiempo y tenemos todos los motivos para suponer que lo terrible está también en nosotros. Se trata sólo de hasta qué punto Dios cumple el ruego: “No nos dejes caer en la tentación”.

«Los *Salmos* pueden tener una gran importancia para nosotros: A saber, que al decirlos, nos hagamos patentes a nosotros mismos: que pongamos ante Dios nuestro corazón tal como es y no solamente como lo conocemos; también lo escondido suyo, también su oscura profundidad: que aceptemos las palabras que se dicen allí: Estoy entretejido en las ligaduras de la existencia. Pienso constantemente en lo terrenal. Odio. Deseo el mal a mi enemigo. Le aniquilaría, si estuviera dentro de mis posibilidades (...). Pero, Señor, me pongo ante

⁵³ Intentando «aterrizar» esta elevada visión de Guardini, parece que desea subrayar perspectivas todavía previas y limitadas en la percepción del bien y del mal, con otra mucho más rica, propia sólo de Cristo y su Evangelio. Los ideales de felicidad o desgracia de épocas pasadas, aún veterotestamentarias, rondaban en torno a «lo bello o lo feo, lo noble o lo innoble, lo sano o lo enfermo». Con Cristo aún aquello que nos pone la piel de gallina, ha sido transformado en camino hacia el auténtico horizonte de bienaventuranza. Hasta la muerte puede ser deseada, con tal que sea camino hacia Cristo: «Para mí la vida es Cristo y la muerte una ganancia»(Filip 1, 21)«¿Quién nos separará del amor de Cristo?...Estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Rom 8, 38-39).

⁵⁴ Dado que estas «homilias universitarias» de Guardini (de las que nos venimos sirviendo), acerca de temas bíblicos, datan de los años 50, evidentemente que se está refiriendo a las dos guerras mundiales (1914-1918; 1939-1945), en las que Alemania desempeñó un papel tan cruel, sobre todo en la segunda.

LA BIBLIA HECHA ORACIÓN-EL SALTERIO

Ti, con todo lo que hay en mí. Tú lo has de ver. Tú lo has de juzgar y ¡ojalá me salves!

«Si consideramos las cosas así, vemos entonces qué importantes son esos textos. Se puede decir tranquilamente: Cuando más fuertemente nos choca su palabra, mayor ocasión tenemos de pensar que en ella nos hacemos patentes: que hemos de aceptarla, pues y en ella ir hacia Dios, rezando»⁵⁵.

Reconozco que ha sido extenso el recurso a Guardini, pero no me cabe duda, de que valía la pena, dada la hondura de sus análisis sobre reparos, que todos experimentamos y considerando los más que apropiados remedios que propone.

Otro fino traductor e intérprete del Salterio, nos orienta realísticamente hacia la finalidad del rezo de estos salmos: «La Iglesia militante ha recibido de Cristo resucitado las prendas de su victoria, pero mientras espera el advenimiento del Reino de Dios, debe maldecir y combatir las fuerzas infernales, a la vez que perdona a los hombres como Cristo. Recibamos los salmos como son, porque el secreto de su longevidad y de su actualidad quizá pueda consistir precisamente en lo que a veces les queremos quitar»⁵⁶.

¿Venganza también en el Nuevo Testamento?

Sirva como broche de oro, para orientar tanto los posibles reparos como sus genuinos derechos de existencia a estas dramáticas quejas, dirigidas a Dios, notar cómo en el último libro de la Biblia toda y del Nuevo Testamento, el Apocalipsis, se eleva la oración de «las almas de los degollados por causa de la Palabra de Dios y del testimonio, que mantenían» (Apoc 6, 9). No es, por cierto, una alabanza celestial,

⁵⁵ «El Espíritu de los Salmos», en su obra: *Verdad y orden - Homilias universitarias*, Madrid 1960, 138-143.

⁵⁶ R. TOURNAY, *Le Psautier de Jérusalem*, Paris 1986, Introduction.

extasiada ante la gloria del Altísimo, sino que «gritaban con voz potente: “¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia y sin vengar nuestra sangre de los habitantes de la tierra?”» (ibid., v. 10). Piden justicia y hasta «venganza»⁵⁷. Además, se reclama venganza para la sangre de los mismos santos, sin tomar como punto de partida la sangre impíamente injuriada de Cristo. Por último, ¿de qué santos se trata: de los ya «comprehensores» o de los que son todavía «viatores»?

Vayamos respondiendo por partes.

Por de pronto, podemos responder aplicando a nuestro análisis estas notas del P. Bertrand de Margerie: «Nadie se mofa impunemente del amor del corazón eucarístico de Jesús, que se manifiesta también en su cólera⁵⁸ y en su odio contra el pecado. Precisamente porque ama a su Padre. Jesús no puede dejar de odiar el pecado del pecador. El corazón de Cristo, presente en la Eucaristía, no simboliza sólo “su divino amor”, sino también “las emociones sensibles, según lo expresan su mirada, sus palabras o su actitud”⁵⁹. El corazón de Cristo es, pues, el símbolo de la cólera reprobadora del Cordero (Apoc 19, 15; 6, 16; 14, 10), que es cólera de amor»⁶⁰.

Por otro lado, no se trata de «justicia procurada por propia mano», sino que los santos la suplican a Dios, el único que mide la realidad del mérito y la culpa; así es purificado el anhelo de todo humano

⁵⁷ «Este pasaje ha golpeado fuertemente a los espíritus», comprueba Ch. Brüttsch (*La Clarté de l'Apocalypse*, Genève 1965, 128).

⁵⁸ Interrumpimos la cita, recordando que el Apocalipsis, casi enseguida, hablará paradójicamente de la «ira del Cordero» (6, 16-17: dos veces).

⁵⁹ Aduce aquí a Pío XII, *Haurietis aquas*, 32, AAS (1956) 327, comentando: «El culto al Sagrado Corazón significa, pues, para la Iglesia el culto de las santas cóleras de Cristo (cfr. Jn 2, 15 ss; Mc 3, 5). Vemos cuán lejos está la iglesia de ciertos melindres sentimentales que le atribuyen algunos (cfr. *Haurietis aquas*, 38: “El corazón de Jesús se estremecía de santa indignación”, texto latino, 330)».

⁶⁰ *Cristo, vida del mundo*, Madrid 1974, 231.

LA BIBLIA HECHA ORACIÓN-EL SALTERIO

resentimiento. «Es el clamor por el dominio de la justicia divina, que debe manifestarse e imponerse, conforme a la promesa infalible de Dios. No es posible que los siervos de Dios continúen siendo perseguidos, burlados, asesinados; es preciso que llegue el día definitivo de la rendición de cuentas, en que cada cual ocupe su verdadero puesto y en que toda injusticia sea castigada (Wenland). El clamor de las almas de los mártires no desdice en nada del espíritu cristiano, Jesucristo mismo prometió redención a sus fieles que, perseguidos y oprimidos, claman a ÉL venganza»⁶¹.

En este sentido, se puede ver en esas súplicas ardientes el aspecto «reparador»⁶², pues se pide que se establezca el orden que fue lesionado «por los que habitan sobre la tierra» (Apoc 6, 10), al haber derramado injustamente la sangre de los santos.

Es lo que se obtendrá en la contraposición definitiva, cuando estos «habitantes de la tierra» queden personificados en Babilonia y los santos en Jerusalén.

La gran meretriz hace su desvergonzada entrada en escena, «ebria de la sangre de los santos y de la sangre de los mártires de Jesús» (17, 6). Sólo al final, y únicamente por orden divina, se impartirá a los cristianos la orden de «salir de Babilonia» (18, 4). Mientras tanto hubo que aguantar, en analogía con la respuesta dada a los santos degollados (en 6, 11): «Ustedes que son mi pueblo, huyan de esa ciudad, para no hacerse cómplices de sus pecados ni ser castigados con sus plagas. Porque sus pecados se han amontonado hasta el cielo y se ha acordado de sus iniquidades. Páguenle con su propia moneda,

⁶¹ A. WIKENHAUSER, *El Apocalipsis de San Juan*, Barcelona 1969, 107.

⁶² Recordando, que el aspecto de «reparación» en la devoción al Corazón de Jesús consiste en «compensarle (al Corazón de Cristo) por las injurias (a Él) inferidas» (*Miserentissimus Redemptor*, N° 6). Pareciera, a primera vista, que una exigencia de «venganza», no condice con este sentido de la «reparación».

DIÁLOGO 72

retribúyanle el doble de lo que ha hecho, sírvanle una porción doble en la copa de sus brebajes» (18, 4-6).

De ahí que el desenlace no pueda ser sino la oposición de suertes de las «dos ciudades», entrando como factor discriminatorio de una y otra sentencia «la sangre de los santos»⁶³: «Alégrate sobre ella (Babilonia devastada), ¡oh cielo! Y Ustedes los santos y los apóstoles y los profetas, porque Dios, al condenarla, los ha reinvidicado (tomando venganza)⁶⁴ de ella. Así, de golpe, será arrojada Babilonia, la ciudad grande y no se verá ya más (...) porque con sus hechicerías fueron embaucadas todas las gentes; y en ella fue hallada la sangre de los santos y profetas y de todos los que han sido degollados sobre la tierra» (18, 20-21. 23-24)⁶⁵.

Inmediatamente después, se desata el incontenible **Halleluyah** (único lugar en todo el Nuevo Testamento, en que resuena esta exclamación de júbilo)⁶⁶, porque «se le ha pedido cuenta de la sangre de sus siervos» (19,1) y porque (en antítesis) «llegaron las bodas del Cordero y su esposa se atavió, y le fue dado vestirse de finísimo lino (...) (que) son las obras justas de los santos» (19, 7-8).

Queda claro, entonces, que la oración reparadora no puede prescindir de este aspecto clarificador y, con este testimonio tan fuerte del último libro de toda la Biblia, también reciben mucha luz, los gritos imprecatorios de los Salmos, que hemos de enderezar, al re-

⁶³ La «reparación» de esa sangre, pedida en Apoc 6, 10, tiene lugar en esta fase final de toda la obra.

⁶⁴ Tal como explicita el pasaje M. Zerwick: «é-krinen hymón ex autés»: «ius vestrum tuitus est (sumpta vindicta: cuidó de vuestro derecho -tomando venganza -)» (*Analysis philologica Novi Testamenti graeci*, Romae 1953-ad locum).

⁶⁵ Se puede observar, una vez más, la correspondencia con la súplica de 6, 10: «**sangre de los santos** (...) de todos los que han sido **degollados**».

⁶⁶ En este pasaje se inspira una de las páginas más exuberantes de la música cristiana, en **The Messiah**, de **G. F. Händel**, el famoso «Halleluyah»: «And He shall reign for ever and ever; King of kigs and Lord of lords» (ver: Apoc 19, 16).

LA BIBLIA HECHA ORACIÓN-EL SALTERIO

zarlos hoy, a que se vaya estableciendo en el mundo el orden, querido por Dios.

Lo importante -recuerda D. Barsotti- es esto: que no pretendamos ser más sabios que Dios ni más misericordiosos que Él, ya que quien quisiese ser misericordioso en contra del Señor, lo sería marchándose al infierno, a partir del momento en que quisiese ser solidario de los condenados. Resulta estúpida la pretensión de los hombres que, frente a una revelación divina, pretenden erigirse en sus jueces. Solamente aquel que, con humildad y fe profunda, escucha la palabra divina, es digno de comprender algo; solamente a esta alma le manifiesta Dios su verdad»⁶⁷.

Este aspecto, que no parecería a primera vista muy acorde con el ánimo de consolar al Corazón de Cristo ultrajado por los pecados, revela, sin embargo, la seria radicalidad del amor herido y la del que quiere resarcirlo, porque «el juicio y la condenación no son únicamente el juicio y la condenación del mal: nadie puede aceptar que Dios quiera un mundo en el que domina el mal (...). Y si la oración de los santos pidiese esto únicamente, no tendríamos dificultad alguna en aceptar esta oración. Pero aquí está precisamente el misterio - un misterio tremendo, sin duda alguna- ante el cual no tenemos más remedio que inclinarnos reverentes, para aceptarlo con humildad. El juicio, la condenación de Dios no se refiere únicamente al mal en absoluto; se refiere también a criaturas, que, de alguna manera están identificadas con el mal y que tienen que sufrir por consiguiente, el peso de la justicia y de la condenación divinas (...). El que rechaza el infierno, no cree en la seriedad del amor divino»⁶⁸.

⁶⁷ D. BARSOTTI, *El Apocalipsis, una respuesta al tiempo*, Salamanca 1967, 113.

⁶⁸ D. BARSOTTI, *ibid.*, 114-115. Refresquemos los lapidarios versos de Dante Alighieri, colocados a la puerta del infierno: «Giustizia mosse il mio alto fattore, fecemi la divina potestà, la somma sapienza, e'l primo amore» (*La Divina Commedia*, Inferno, Cant III, 4-6). ¿Puede *el amor* establecer condenaciones? A

DIÁLOGO 72

El verdadero reparador no sólo exige el ejercicio de la justicia para los demás, con tal de salir él ileso. Él mismo se pone bajo la acción purificadora de Dios y le pide que su pureza divina no se contamine con las propias lacras. Si, por un absurdo, alguna creatura contaminada de pecado fuera admitida a las «bodas del Cordero inmaculado», ella misma sería la primera en pedir pasar antes por un buen purgatorio⁶⁹.

Dado que los cristianos hemos de amar a los propios enemigos (Mt 6, 44), no nos es lícito entonar los improperios de los salmos, con el mismo espíritu, todavía muy imperfecto del Antiguo Testamento, pero sí, con la humildad de admitir (como lo mostró eficazmente Guardini), que en ellos podemos encontrar la expresión de la propia imperfección, aunque no estemos en la oportunidad de percibirla, al faltarnos muchas veces, la ocasión, para que aflore. « ¡Porque yo quiero que Dios exista! *Lo quiero incluso en contra mía* (...). Si amo a Dios, *si lo amo más que a mí*, tengo que querer también el infierno, lo mismo que lo quiere el Señor. Si no lo quiero, es que no amo a Dios; si no lo quiero, es que no conozco todavía las exigencias de Aquel que es el Absoluto, que es el único, que es Dios»⁷⁰.

poco que se lo reflexiona, por más que se nos ponga la piel de gallina, se ha de entender que sí. Como el médico, que lucha contra la enfermedad, la justicia aprisiona a los delincuentes y el único que examina la conciencia y el corazón (Dios), lo puede establecer sin sombra de duda. Una visión demasiado rósea con mucha facilidad disipa la densidad del misterio; el cual, por cierto, no se cierne sobre nosotros para apabullarnos, aplastándonos de terror, pero sí para que no pretendamos suplantar nuestros deseos a los justos juicios de Dios.

⁶⁹ Santa Catalina de Génova, gran mística e iluminada expositora acerca del purgatorio, escribía: «El alma separada del cuerpo, cuando no se halla en aquella pureza en la que fue creada, viéndose con tal impedimento, que no puede quitarse sino por medio de purgatorio, al punto se arroja en él y con toda voluntad» (*Tratado del Purgatorio* II, 13, Pamplona 1996, 11).

⁷⁰ D. BARSOTTI, *El Apocalipsis*..., 116.

XI. LOS SALMOS: ESPEJO DE LA VIDA EN DIOS

Acabando este recorrido acerca de la oración judeo-cristiana del Salterio, es posible percibir en él una poderosa síntesis de valores imprescindibles, para todo hombre de fe.

Son la «Biblia orans», porque convierten en alabanza, acción de gracias o súplica al resto de las Escrituras inspiradas: ley, profecía, historia, sabiduría. De ellos se ha servido el pueblo escogido por Dios: patriarcas, reyes, sacerdotes del Templo, fieles de la Sinagoga.

Sobre todo, acudió a los Salmos, para dialogar con su Padre Dios, el mismísimo Verbo eterno hecho hombre y quien fue elegida, para hacer realidad esta «plenitud de los tiempos» (Gal 4, 4): María santísima.

Santos de todas las épocas encontraron sus delicias en estas antiguas plegarias, que nunca sintieron como envejecidas, sino siempre lozanas y aptas en cualquier época, para poner en contacto al hombre con Dios, ya que son expresión insuperable tanto de la pequeñez humana, tanto en sus virtudes, aciertos, triunfos y gozos, como en el dolor del pecado, de la pobreza y la muerte.

Es posible que se nos vuelvan de vez en cuando monótonos, archisabidos, arduos como para rezar con ellos. Pero, si la Iglesia, fundada en tal «nube de testigos» (Hebr. 12, 1), ha insistido en mantenerlos como su oración oficial, más bien hemos de dudar de nosotros mismos y cuidarnos de descalificar palabras inspiradas por el mismo Dios, asumidas por su propio Hijo y la flor y nata de la santidad cristiana: María, santos, monjes, sacerdotes y pueblo cristiano todo.

Por todo lo cual, nada mejor, para expresar a «todo ser viviente ante su Señor», que finalizar con el broche de oro de todo el Salterio:

DIÁLOGO 72

«¡Alleluyah! Alaben al Señor en su Santuario, alábenlo en su poderoso firmamento; alábenlo por sus grandes proezas, alábenlo por su inmensa grandeza. Alábenlo con toque de trompeta, alábenlo con el arpa y la cítara; alábenlo con tambores y danzas, alábenlo con liras y flautas; alábenlo con platillos sonoros, alábenlo con platillos vibrantes. **¡QUE TODOS LOS SERES VIVIENTES ALABEN AL SEÑOR!**» (Sal 150).